

El general Elío y la restauración del absolutismo

Consideraciones sobre su acción política y militar en Valencia (1813-1814)

José Luis Arcón Domínguez
Licenciado en Historia. FEHME.

El 15 de abril de 2012, el portavoz del PSPV en el Ayuntamiento de esta ciudad, D. Salvador Broseta, informaba de las iniciativas propuestas por su grupo para conmemorar el bicentenario de la Constitución de 1812. En particular destacó la conveniencia de retirar del callejero de nuestra ciudad al general Francisco Javier Elío, que da nombre a una importante vía de la capital, la que rodea los jardines de Viveros y confluye en la Alameda y el puente del Real; que así podría ser rebautizada con el más apropiado nombre de D. Nicolás Garely. La propuesta recalca que el valenciano Garely fue, en 1814, el primer jurista que ocupó una cátedra de Derecho Constitucional en España, mientras que, precisaba la propuesta, “el General Elío derogó por la fuerza esa misma Constitución. Un personaje así, en el año de la conmemoración del bicentenario de la Constitución de Cádiz, bien merecería dejar de tener el honor de rotular una calle en Valencia, en favor del otro personaje que proponemos.”

Al día siguiente, el periódico Levante publicaba la propuesta a toda página, y me puse en contacto telefónico con ellos para dar contestación pública a tan poco meditada propuesta. Muy brevemente les apunté que a Elío no se le había dedicado una calle por derogar la Constitución, sino por dirigir el ejército que tras un año de operaciones y combates había logrado expulsar a los franceses del reino de Valencia. Se me contestó que hacer una apología, por razonada que fuera, del general golpista que liquidó la Constitución resultaría inoportuno dentro de la celebración del bicentenario; y que su contribución militar fue bien escasa, pues consta en la Historia que la liberación de Valencia fue cosa de las tropas británicas que aquí desembarcaron; y que los historiadores de esa nación, además, le acusan de incompetencia supina y desobediencia a los planes que su comandante en jefe, el duque de Wellington, trazó para la campaña de 1813, retrasándose por su culpa la recuperación de Valencia.

Enseguida me puse manos a la obra para demostrar lo inexacto y manifiestamente injusto de ambas acusaciones, pero finalmente no fue necesario presentar alegato alguno. Apenas una semana después, la Comisión de Cultura del Ayuntamiento tomaba la salomónica decisión de dedicar una calle al jurista Garely, pero no a expensas de la del general Elío. De modo tan sabio se ahorró la comisión el sufrimiento de soportar un denso discurso, que en las páginas que siguen he procurado aligerar en atención al interés del lector.

Cuando en agosto de 1812 el general Elío asumió el mando del ejército de Valencia y Murcia, desplegado defensivamente entre Alicante y Villena ante el ejército francés del mariscal Suchet, que ocupaba el resto del Reino, los aliados gozaban de la situación estratégica más favorable que habían conocido desde la victoria de Bailén cuatro años antes. Algo tanto más sorprendente, cuanto que el nadir de la guerra lo habían padecido en enero del mismo 1812, cuando casi toda Valencia cayó en poder de los franceses, y con ella el último

gran ejército patriota y el mismísimo presidente del ejecutivo español, el Capitán General D. Joaquín Blake; cuyo gobierno se había mostrado tan reacio a supeditar los asuntos de España al control de sus aliados británicos que éstos, contrariados, se abstuvieron de mover un dedo en auxilio de Valencia, dejando inmobilizados sus ejércitos durante los casi cuatro meses que duró la defensa del Reino.¹

Esta calculada pasividad, que probó ser fatal para Valencia, había facilitado la consecución de uno de los objetivos clave de la política británica en España, la destitución de un ejecutivo –la Segunda Regencia– que consideraban anglóphobo y controlado por los *jacobinos* de las Cortes, y su sustitución por otro más afín a los intereses del gobierno británico y del propio partido realista, con el que simpatizaban abiertamente los factótum de la política inglesa en la Península, los hermanos Wellesley. Estos habían elegido a sus candidatos para formar la nueva Tercera Regencia entre las filas del partido absolutista, y cuando las Cortes aceptaron, por fuerza mayor, a los candidatos sugeridos por los británicos, éstos reanudaron su hasta entonces paralizada ayuda económica, así como sus operaciones de concierto con los ejércitos españoles; si bien ahora bajo la autoridad de facto del duque de Wellington, lo que la anterior Regencia liberal había considerado anatema.²

Como era de esperar, la situación militar mejoró sensiblemente con la desaparición de las reticencias y el obstruccionismo británicos propiciada por la defenestración de la anterior Regencia liberal, y esta situación todavía se vio más favorecida por la coyuntura internacional. La reversión de alianzas de Rusia había llevado hasta las puertas de Moscú a Napoleón y toda su *Grande Armée*, dejando debilitado y desatendido a su ejército en España. Wellington no desperdició la ocasión, y aprovechando su nueva condición de generalísimo de facto de todas las fuerzas aliadas en la Península, desencadenó una ofensiva bien sincronizada que culminó en julio con la formidable victoria de Los Arapiles y la liberación de toda Andalucía. Antes de que acabase el año, el invierno ruso aniquilaba la *Grande Armée*, propiciando que, en la primavera de 1813, Wellington reanudara su ofensiva contra los restos del ejército francés en España, debilitado por los refuerzos enviados a Napoleón. El Ejército de Valencia y Murcia o 2.º Ejército, que mandaba Elío, recibió órdenes de apoyar esa gran ofensiva fijando a las fuerzas del mariscal Suchet en Levante, de modo que no pudieran estorbar las operaciones de Wellington. Y aquí es donde la historiografía británica, y también la española de sesgo liberal, arremeten contra el Capitán General de Valencia, calificando su actuación militar de culposa, desobediente, irresponsable o abismalmente incompetente.

Las instrucciones que Wellington había comunicado al ejército de Elío, a la sazón sujeto a las órdenes inmediatas del general Murray, comandante de

¹ Véase para esta cuestión Arcón Domínguez, José Luis, “Observaciones sobre la campaña y batalla de Sagunto en 1811”, en *Cuadernos del Bicentenario* n.º 13, FEHME 2011.

² Los regentes propuestos por los Wellesley eran el duque del Infantado, el conde de La Bisbal y el almirante Villavicencio, reconocidos anglófilos y absolutistas, en especial el primero –a la sazón embajador en Londres– y el último. En enero de 1812 los tres encabezaron el nuevo gobierno que reemplazó al de la Segunda Regencia, cuya caída fue simultánea a la de Valencia y que ipso facto fue bendecido por la Embajada con un empréstito de casi sesenta millones de reales, ampliado a cien millones dos meses más tarde. John M. Sherwig, *Guineas & Gunpowder: British Foreign Aid in the Wars with France, 1793-1815*, pp. 250-251 (Harvard University, 1969); Memorandum de Henry Wellesley al diputado Vega de fecha 12 de septiembre de 1812 (ítem n.º 240 del catálogo de los *Vaughan Papers*, en el Boletín de la Real Academia de la Historia, t. 149, Madrid 1961); y Emilio La Parra, *El Regente Gabriel Ciscar*, pp. 176 y 181, Madrid 1995.

una fuerza anglo siciliana llegada a Alicante el año anterior, le precisaban a marchar sobre la ciudad de Valencia en cuanto Murray, zarpando de Alicante, desembarcase con sus hombres en Tarragona. Tan peligrosa amenaza a espaldas de Valencia forzaría a Suchet a sacar sus fuerzas del Reino para dirigirlas contra Murray, y Elío debía aprovechar ese momentáneo debilitamiento del enemigo a su frente para reconquistar la capital, aunque cuidándose de no comprometer sus tropas en una batalla campal, en la que tanta ventaja solían llevar los franceses. Para facilitar aún más su tarea y evitar la necesidad de una arriesgada batalla frontal, Wellington ordenó que el 3.er Ejército del duque del Parque abandonara sus acantonamientos de Andalucía y se dirigiese por La Mancha hacia Requena, a fin de rodear las posiciones francesas y forzar su repliegue.³

La operación se puso en marcha, pero al final casi nada salió conforme a lo planeado, y la campaña se saldó con un rotundo éxito francés. ¿Qué había ocurrido?

Según sus críticos, Elío desobedeció a Wellington al trocar de misión con Del Parque, porque finalmente fueron sus valencianos los que ejecutaron la maniobra de flanqueo sobre Requena, y los andaluces quienes fijaron el frente imperial. Los días perdidos por ambos ejércitos cambiando de posición, dicen, habrían condenado la operación al fracaso, pues dieron tiempo a la llegada de los refuerzos franceses que a la postre impidieron la victoria española. Tales críticos ignoran que, si Del Parque no siguió la ruta de La Mancha sino que se reunió directamente con Elío por Alicante, fue por orden directa de Murray, quien carecía de medios para hacer llegar a los andaluces los víveres que habrían necesitado en su tránsito por la más lejana ruta de La Mancha. Así que ambos ejércitos no tuvieron que trocar posiciones con la consiguiente pérdida de tiempo, puesto que ya se habían reunido por imperativo logístico.⁴ Verificada esa reunión en Alicante, dejaba de tener sentido la designación de Del Parque como fuerza flanqueadora, pues los valencianos conocían mejor el terreno montañoso por donde debía ejecutarse la maniobra, y con ese movimiento podrían ponerse en contacto con la división volante de Villacampa y otras fuerzas valencianas irregulares al norte del Júcar que estaban subordinadas al Segundo Ejército de Elío, pero no al Tercero.

Tienen razón sus críticos en que la idea de ese cambio de papeles fue de Elío; pero desconocen que Del Parque se negó siquiera a considerarla hasta que mereciera la aprobación del general Murray, quien no dudó en concederla por considerar la variación muy atinada. Así lo demuestra la correspondencia inédita entre ambos generales, conservada e ignorada hasta la fecha en el Archivo Histórico Nacional (AHN), en ese verdadero cajón de sastre que es la colección documental denominada "Diversos".⁵

Ciertamente la ofensiva española comenzó un poco tarde, el 7 de junio, una semana después del embarque de la expedición a Tarragona. Pero quienes critican ese retraso ignoran que Wellington había supeditado su comienzo no a la marcha de Murray, sino a la de las tropas francesas que Suchet enviaría para contrarrestar esa amenaza. Y Suchet, en un alarde de su característica y bien calculada temeridad, demoró una semana su partida de

³ Oman, Charles, *A History of the Peninsular War*, vol. VI, Londres 1922, p. 310.

⁴ Del Parque a Wimpffen, Jaén, 25 de abril de 1813. AHN, DC, 202 n. 62. La correspondencia de este legajo recoge las operaciones del Tercer Ejército durante la campaña del Júcar.

⁵ Elío a Wellington, Elda, 30 de mayo de 1813. AHN, DC, 107 n. 46.

Valencia, y solo se llevó la mitad de tropas que el alto mando aliado había estimado que necesitaría para enfrentarse a Murray. En resumen, que Elío ni podía ni debía desencadenar su ofensiva hasta tener la certeza de que Suchet hubiera partido con sus tropas a Tarragona, y éste tardó una semana en hacerlo, y con menos fuerzas de las calculadas. El retraso del general español parece plenamente justificado.

No menos infundadas son las acusaciones de incompetencia estratégica vertidas sobre Elío. Todavía hoy, en una excepcional obra de reciente publicación,⁶ los historiadores británicos acusan a Elío de desobediencia al Generalísimo Wellington por comprometer tanto su ejército como el Del Parque en un ataque frontal a la línea fortificada del Júcar, al tiempo que reducía el tamaño de la fuerza flanqueadora de esa fuerte posición a una pequeña fracción del ejército valenciano. Nada más alejado de la realidad, como demuestran una vez más los partes y cartas oficiales cubiertas por el polvo del olvido en el AHN.

Ambos ejércitos, ciertamente, avanzaron juntos y en derechura hacia la línea del Júcar empujando a su paso a los destacamentos enemigos de retaguardia que cubrían la retirada francesa desde Alicante, y en primerísima línea iban los valencianos de Elío, hasta el punto de que su primer ayudante de estado mayor cayó momentáneamente prisionero en una escaramuza de vanguardia. Pero fue un ardid para ocultar al enemigo el papel reservado al ejército de Valencia. La noche del 12 al 13 de junio, la 1.^a división de Del Parque relevó de su posición ante Alberique a las tropas de Elío; y mientras los andaluces mantenían ocupada la atención de los franceses atacando las fortificaciones que defendían el paso del puente, los valencianos remontaron el Júcar hasta los vados de Millares sin que se apercibieran los franceses, ocuparon Requena dos días después, y enlazando con la división Villacampa avanzaron el 17 de junio por la carretera Buñol-Valencia hasta el estratégico paso de las Cabrillas, forzando a replegarse a la división italiana que lo defendía. La maniobra fue necesariamente amplia para evitar la posibilidad de un encuentro desventajoso contra el que tanto había prevenido Wellington: un flaqueo más cercano a la línea francesa habría facilitado que el enemigo, dejando una pantalla en el Júcar, se revolviera contra Elío y lo batiera en plena marcha antes de que Del Parque pudiera reforzarle. Elío siguió aproximándose a Valencia con la debida cautela, y el 20 se hallaba junto al cruce del Turia en Villamarchante, a punto de cortar las comunicaciones francesas con la capital y hacer crítica la situación de las tropas destacadas con el general Harispe en el Júcar.⁷

Estamos viendo cómo el plan de Elío se ciñó por completo al espíritu, si no a la letra, de las instrucciones de Wellington, y que estuvo a punto de dar resultado. El único contratiempo lo sufrió el ejército andaluz ante Carcagente el 13 de junio, y numerosos autores lo han esgrimido como prueba de la desobediencia del mando español, que lanzó sus tropas a un asalto frontal de las posiciones enemigas con calamitosos resultados.

De nuevo la documentación del AHN desvela el verdadero relato de los hechos: las órdenes del ejército andaluz fueron desplegarse defensivamente al sur del Júcar, y estar listo para perseguir al enemigo cuando éste abandonase

⁶ Lipscombe, Nick, *Atlas of the Peninsular War (revised)*, Oxford 2014, p. 323.

⁷ Poutous y Mojica, *Resumen histórico y diario de operaciones del 2.º Ejército (junio 1813)*, AHN, DC, 107 n. 30.

la posición y corriese al socorro de Valencia, amenazada por el avance de Elío. Lo que ocurrió en Carcagente fue un combate de avanzadas audazmente iniciado por una columna francesa que a tal efecto abandonó sus atrincheramientos y cruzó al sur del río.⁸ El ataque sorprendió a tres batallones españoles que cubrían en avanzada el despliegue de sus respectivas divisiones, y recibieron un severo castigo: más de 700 bajas entre muertos, heridos y sobre todo prisioneros, o lo que es lo mismo, una pérdida del 30% de sus efectivos. Pero tal revés no fue consecuencia de un insensato ataque frontal, ni quebrantó la disciplina y voluntad de lucha de las tropas de Del Parque, a quien hay autor británico que supone en desordenada retirada hacia sus bases de Alicante tras perder medio ejército en Carcagente.⁹ La realidad es que se trató de una acción cruenta y desafortunada pero menor, y que por tanto no varió un ápice el plan español. De hecho, los franceses abandonaron Carcagente replegándose a sus posiciones tras el Júcar, y Del Parque completó el despliegue de sus fuerzas a la espera de los resultados de la maniobra de Elío.

En rigor, la responsabilidad del fracaso de la ofensiva de junio en Levante solo cabe achacarla, por un lado, a la sabiduría militar del mariscal Suchet, experto afortunado en la asunción de riesgos calculados; y por otro, al desacierto y las vacilaciones del general Murray en Tarragona, causadas en buena medida por la situación imposible en que le había puesto Wellington: en una misión peligrosa dentro de territorio enemigo donde podía verse copado de un día para otro, y condicionado por una contradictoria pero taxativa orden que le prohibía correr riesgo alguno. El desenlace fue el previsible; cuando Suchet desde Valencia y Decaen desde Barcelona se acercaron al socorro de Tarragona, Murray advirtió el peligro, recordó la imperiosa advertencia de Wellington de no correr riesgos, y procedió a reembarcar su ejército para regresar al puerto de Alicante.¹⁰

La noticia sorprendió a Elío en las cercanías de Villamarchante. Y el 23 de junio, sabedor del rapidísimo retorno del mariscal Suchet a Valencia, emprendió la retirada para zafarse del contragolpe que los franceses ya estaban preparando contra él. Del Parque resistió en sus posiciones frente al Júcar hasta el 25, cuando emprendió una ordenada retirada hacia Castalla, donde todo el ejército aliado se reuniría en los días siguientes, recuperando de ese modo el statu quo anterior a la ofensiva.

Esta situación dio un completo vuelco con la derrota de los ejércitos del rey José en la batalla de Vitoria; la pérdida de la línea del Ebro forzó la retirada de Suchet de Valencia, y las tropas del general Elío pudieron liberar la capital al mes siguiente, persiguiendo a los franceses hasta la raya de Cataluña con impecable eficacia.

Creo que la última palabra en la valoración de la actuación militar del general Elío habría que dejársela a su comandante en jefe, muy poco amigo de decir nada bueno de los oficiales españoles. Cuando al regreso de Napoleón de la isla de Elba las potencias europeas se pusieron de nuevo en pie de guerra contra Francia, el rey Fernando preguntó deferentemente a Wellington, como Generalísimo que había sido de los ejércitos españoles, a qué militares pondría al mando de los dos cuerpos que iban a concentrarse en la frontera

⁸ *Acción de Carcagente, 11 de junio de 1813*. AHN, DC, 126 n. 55.

⁹ Lipscombe, op. cit., p. 322.

¹⁰ Oman, op.cit., t. VI, p. 312.

francesa. Wellington no vaciló en dar dos únicos nombres: D. Manuel Freire, el celebrado vencedor de San Marcial, y D. Francisco Javier Elío. Difícil encontrar un certificado de competencia militar más apropiado que éste.

Pasemos ahora a considerar la intromisión política del general Elío, o más bien (porque ésta es suficientemente conocida), a valorar hasta qué punto fue decisivo su incondicional apoyo al absolutismo fernandino, y si está justificada la condena social, y de buena parte de la historiografía, que lo señala como el factótum de Fernando VII en la liquidación del régimen constitucional.

Hemos explicado antes cómo el general Elío, en 1812, sucedió en el mando del ejército de Valencia al general José O'Donnell, destituido por el descalabro sufrido en la 1.^a batalla de Castalla. Ahora es el momento de apuntar que la destitución de este general provocó la solidaria dimisión de su hermano, Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, a la sazón el miembro más destacado y valorado de la Tercera Regencia, el Ejecutivo pro británico y realista que habían implantado y patrocinado los hermanos Wellesley. Para el partido liberal, esta dimisión se convirtió en el pistoletazo de salida en la carrera para recobrar el pleno control del ejecutivo. Una carrera que se vio favorecida por la sucesión de derrotas napoleónicas en Europa y en la Península, que hacían a España menos maleable a la presión y las coacciones del aliado inglés. Carrera que culminará en marzo de 1813 con la restauración de la Regencia de signo liberal que defenestraron los Wellesley un año antes, formada incluso por los mismos miembros de entonces salvo por su cautivo presidente, el general Blake, a quien reemplazó otro ilustre personaje de marcadas simpatías liberales, el cardenal de Borbón. En palabras del profesor Flaquer, se trató de “una operación política gestada largo tiempo por el grupo liberal de la Cámara”, como parte “de un pulso político entre dos tendencias ideológicas -realistas y liberales”.¹¹ La animadversión británica hacia estos últimos garantizaba, sin embargo, que la disputa traspasase el umbral de lo doméstico, como así lo hizo, alentada por la treintena de diputados que llegaron a formar el conocido como “partido inglés o del Embajador”. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

Estamos en la segunda mitad de 1813, y con el retorno de los liberales al ejecutivo, el enfrentamiento diplomático que había lastrado las relaciones entre los gobiernos español y británico desde el comienzo mismo de la guerra – y que en casi todos sus puntos parecía haberse resuelto a favor de Gran Bretaña con la Regencia realista de 1812– volvía a resurgir con toda virulencia.

La nueva Regencia, ante la proximidad del final de la guerra en Europa que parecía anunciar el armisticio de Pleiswitz de junio de 1813, intentó recuperar al menos parte de la capacidad de decisión perdida haciendo denodados aunque infructuosos esfuerzos para que Gran Bretaña atenuase su completo control del esfuerzo de guerra español. Conviene recordar en este punto que, solo dos años antes, los actuales regentes habían respondido de esta guisa a la pretensión del gobierno británico de asumir el control de la guerra en España: «Después de haber leído esta exposición al Consejo de Regencia, me ha mandado Su Alteza expresamente manifestar a Vuestra Majestad que por su parte no consentirá jamás en que se condescienda por

¹¹ Flaquer Montequi, Rafael, “El ejecutivo en la revolución liberal”, en *Las Cortes de Cádiz*, Madrid 2003, Miguel Artola (ed.), p. 58.

ningún título a los deseos del gabinete inglés sobre el mando de los ejércitos españoles; porque además de ser una medida enteramente contra el decoro y dignidad de la Nación, no sólo no sería favorable a nuestros intereses los más preciosos, sino que destruiría por sus cimientos hasta la esperanza de la libertad a que aspiramos...”¹²

Tras esta intransigente actitud no estaban, como arguyen algunos autores, el odio irracional a los herejes extranjeros o la trasnochada soberbia española, sino una lectura cabal de las aspiraciones de España en una Europa finalmente libre del yugo napoleónico gracias, en gran medida, a la ejemplar resistencia de la Nación, que no había dudado en arruinar su armada, poner en peligro su imperio y sufrir la invasión y conquista de su propio territorio si, con ello, lograba destruir a Napoleón y consagrar el régimen constitucional. Y tales aspiraciones difícilmente podrían materializarse si, interiormente, la nueva España no garantizaba su supervivencia poniendo militares políticamente afines al frente de sus ejércitos; y, exteriormente, si no se presentaba en pie de igualdad ante la Europa post napoleónica, con los fusiles de su victorioso ejército plantados en pabellones a orillas del Sena con los de rusos, alemanes y británicos, escoltando en pie de igualdad a su ministro plenipotenciario en las conversaciones de paz.

Al gobierno británico, por su parte y naturalmente, se le daba un ardite la lealtad política de los generales elegidos por Wellington para mandar las tropas españolas; pero sin duda vería con agrado que fueran comandantes de simpatías realistas quienes alcanzaran puestos de responsabilidad, en razón de la sintonía de los Wellesley con el partido absolutista, bien acreditada por su activo celo en aupar al poder a la difunta Tercera Regencia. Denuncia el general Arceche cómo, en estos convulsos meses, con “ideas reaccionarias e intereses mezquinos [...] trataba el gobierno inglés de imponerse al nuestro”; siendo sus representantes en España, los hermanos Wellesley, acabados ejemplos de esa ideología reaccionaria.¹³ A ese respecto es reveladora la carta que Wellington dirige a su ministro de la Guerra, lord Bathurst, el 5 de septiembre de 1813, cuando más enconado era su enfrentamiento con los liberales españoles: «Mi recomendación al Gobierno es [...] que se oponga por todos los medios a su alcance a los principios y medidas democráticas de las Cortes; [...] es completamente imposible que pueda durar un sistema como éste. Y lo que siento es que soy yo quien lo mantiene. [...] Si el Rey vuelve, y

¹² Memoria del Secretario de Estado D. Eusebio Bardají a las Cortes, de fecha 20 de julio de 1811. AHN, Diversos-Colecciones, leg. 3024. El ex-ministro García Pizarro refleja en sus memorias el sentir mayoritario acerca de esta cuestión: “Hacia varios meses que mediante una serie de intrigas se trataba de robustecer el influjo inglés. Ya queda dicho cuán grande era éste en el orden diplomático; pero se trataba de más, y era darle una consistencia legal. No bastaba que los que mandaban, por débiles o por egoístas, estuvieran sometidos, sino que la Nación se hiciese dependiente. Para esto se promovió la idea de dar el mando general del ejército a lord Wellington, y se le dio [...] La guerra era nacional, y dejaba de serlo casi por esta medida; el entusiasmo de los generales debía enfriarse o lo que es peor, envilecerse ellos; la intriga crecer; el orgullo nacional, principal elemento de esta guerra, quedaba nulo; y para la política, la gloria al fin no sería nuestra en su mayor y mejor parte, y por consiguiente el influjo e importancia de la nación en lo ulterior quedaba destruido y transmitido a Inglaterra que, por decirlo así, iba a ‘negociar con nuestros fondos’ [...] Yo estimaba altamente la cooperación inglesa; pero cuando, movida por la intriga ambiciosa de los españoles que se contentaban con medrar a su sombra, trató de apoderarse del principio de nuestras glorias y del influjo político que de ellas debían resultar a España, no quise suscribir.” (García de León y Pizarro, José, *Memorias*, t. I, Madrid 1953, pp. 162-167).

¹³ Arceche y Moro, José, *Guerra de la Independencia*, t. XII (2.ª ed.), Valencia 2000, p. 354.

tiene valor, él también echará por tierra toda esta fábrica. [...] Desearía que me dijera vucencia si, en el caso de que se presentara una oportunidad favorable para asestar un golpe a la democracia, aprobaría el Gobierno que lo hiciera». A lo que lord Bathurst se apresuró a contestar 20 días más tarde: “Tened la seguridad de que si podéis descargar un golpe a la democracia, aquí se aprobará del todo vuestra conducta”.¹⁴

Y si el Gabinete de St. James consideraba inviable y hasta peligroso que en España perdurase un gobierno asambleario o jacobino inspirado por la sanguinaria Revolución Francesa, no menos abominable le parecía el que España asumiera un papel más independiente en la guerra contra Napoleón. Y es que el caso del secular enemigo español resultaba especialmente delicado para Gran Bretaña, como pone en evidencia un memorándum interno de su embajada elaborado en 1809, al poco de establecerse la alianza con España. El informe advertía de las dificultades que podían presentarse en el futuro si un gobierno constitucional español acababa expulsando a los franceses y ajustaba la paz por su cuenta, ya que en tal caso «habría hecho aparecer justo el tipo de situación en que Francia sería su aliado natural, e Inglaterra su único enemigo». En consecuencia, el memorándum preconizaba abortar la posible resurrección de la alianza franco española reduciendo a España a la categoría de estado-cliente, «sin que le sea posible atribuir su liberación militar únicamente a sus propias fuerzas, sin contar con la ayuda militar británica». ¹⁵ Una ayuda que se daría gradualmente hasta lograr el objetivo comunicado por el *Foreign Office* a los Wellesley el 27 de agosto de 1809: a saber, “la obtención del control completo de todos los asuntos políticos y militares”.¹⁶ En otras palabras: Inglaterra siempre buscó imponerle a España el esquema de una "alianza subsidiaria" al estilo de la que los mismos hermanos Wellesley habían implantado a cañonazos y sobornos en los estados de la India unos años atrás. Exactamente el tipo de alianza con que Gran Bretaña tenía sujeto a Portugal, donde con toda naturalidad el embajador de Su Majestad Británica era miembro de derecho y presidente de hecho del ejecutivo portugués; o la que en 1811 consiguió implantar en el reino de Sicilia, presionando a la dinastía reinante con maniobras tan turbias –si no tan indignas– como las de Napoleón contra la familia real española, y que a la postre resultaron igual de efectivas.

Es ciertamente revelador que, justo antes de que el complot contra la Segunda Regencia acabara en un completo éxito, en el seno del *Foreign Office* circulase un memorándum interno que ejemplifica como pocos la desdeñosa soberbia de la política inglesa con respecto a España. Su redactor, primer secretario y hombre de confianza del Ministro, citaba las conclusiones que Richard y Arthur Wellesley habían consensuado en el verano de 1809 acerca de los asuntos de España. A tenor de ellas, lord Wellington debía asumir el control absoluto del esfuerzo bélico español «por su experiencia en el manejo de gobiernos contumaces y débiles de países aliados a medio civilizar»; juzgaban imposible una mejora de la situación «a menos que los recursos militares y financieros de España les fueran ofrecidos en más o menos la misma proporción que los de Portugal»; y auguraban que «no se verificará

¹⁴ Gurwood, J. (editor), *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*, t. XI, Londres 1838, p. 91; y *Supplementary Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*, t. VIII, Londres 1861, p. 275.

¹⁵ Esdaile, Charles, *Wellington and the command of the Spanish Army*, Nueva York 1990, p. 33.

¹⁶ Canning a R. Wellesley, 27-8-1809, en J.J. Sañudo y L. Stampa *La crisis de una alianza*, Madrid 1996, p. 534.

mejora alguna en los gobiernos de España sin la activa interferencia del gobierno británico [...] que tiene derecho a interferir directamente en la gestión de los recursos de España [...]».¹⁷

En rigor, y a fuer de justos, Gran Bretaña no pretendía otra cosa que la racionalización y explotación óptima de los hombres y recursos de las naciones aliadas más débiles, para sumarlos a los propios y dirigir la lucha hasta la triunfante consecución de su estrategia; que por supuesto no era la felicidad de sus aliados, sino la destrucción de la hegemonía francesa en el Continente. Se trataba de una política pragmática, sin duda. Pero si la política de hechos consumados de Napoleón se había estrellado contra la indignación y el desmedido orgullo de los españoles, ¿cómo no iba a tropezar en el mismo escollo la prepotente política del gabinete inglés?

Vemos así cómo esa insoluble paradoja volvía a enfrentar a los Wellesley y al gobierno español a mediados de 1813. Y aunque la Cuarta Regencia supo agradecerle su decisivo triunfo en la batalla de Vitoria regalándole las 4.000 hectáreas del feracísimo Real Sitio del Soto de Roma (que lo cortés no quita lo valiente), a continuación no vaciló en denunciar los términos del convenio por el que Wellington había sido designado Generalísimo por la Regencia anterior, negándose a ratificarlo y solicitando una revisión de las condiciones.¹⁸

Como medidas de presión, o quizá con la secreta esperanza de que su orgullo herido le moviese a dimitir, el Gobierno español comenzó a poner trabas a Wellington en su ejercicio del mando; a cesar a militares de su entorno –como Castaños y Girón– saltándose su autoridad como Generalísimo; y a pedir con insistencia que “todas las tropas españolas que operaban en el frente fuesen reunidas para actuar como un solo cuerpo” a las órdenes de un general español, petición formulada todavía con el Armisticio europeo en vigor y que Wellington rechazó con indisimulado desprecio.¹⁹ Tampoco le hicieron reaccionar en el sentido deseado los desproporcionados ataques y acusaciones de la prensa oficial que desde septiembre de 1813 le reprocharon los horrores de la toma de San Sebastián; ataques desproporcionados no porque no ocurrieran los horrores denunciados, porque ocurrieron y fueron terribles, sino porque otras ciudades españolas habían pasado por lo mismo anteriormente, y todo lo que entonces cayó sobre Wellington fueron alabanzas por haberlas reconquistado.

Tales subterfugios no funcionaron con el “duque de hierro”, y cuando seis meses más tarde Fernando VII regresaba a España, Wellington seguía aferrado al mando supremo, y mantenía al ejército español fraccionado en cuerpos separados y subordinados, reducido –como el portugués lo había sido desde el principio de la guerra– a la condición de fuerza auxiliar o, como sin tapujos reconocían algunos militares británicos, fuerza de “excelentes cipayos”.²⁰

En esas circunstancias; con la manifiesta preponderancia militar y diplomática de Gran Bretaña sobre los asuntos de España; y con los

¹⁷ Gurwood, J. (editor), *Supplementary Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*, t. VII, Londres 1860, pp. 257-288.

¹⁸ Marqués de Villa-Urrutia, *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de la Independencia*, t. III, Madrid 1912, pp. 186-187. Sobre la donación del Real Sitio, pp. 176-177.

¹⁹ Gurwood, J. (ed.), *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*, t. XI, Londres 1838, pp. 5-6.

²⁰ Gurwood, J. (editor), *Supplementary Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*, t. VII, Londres 1860, p. 114.

antecedentes conocidos de injerencia política metódicamente planeada y llevada a efecto con éxito desigual... ¿cabe achacar la consecución del golpe de estado fernandino a la sola voluntad del general Elío, comandante del más pequeño de los ejércitos sujeto a las órdenes del duque de Wellington? Elío ha pasado a la historia por su alarde de lealtad absolutista en la revista militar que pasó el Rey en Valencia, justamente considerado como un ataque abierto al régimen constitucional. Pero no hay que olvidar que ya se habían declarado por el Rey dos tenientes generales en activo y de enorme prestigio, como que fueron miembros de la Regencia realista defenestrada por los liberales el año anterior: el duque del Infantado y el conde de La Bisbal. Cualquiera de ambos podría haber reemplazado a Elío al frente de las tropas sin mayor sobresalto.

Lo cierto es que la fuerza militar que Fernando necesitaba para disolver el régimen constitucional la tomó de Valencia no porque allí estuviese Elío, sino porque fue en Valencia donde supo con certeza que su triunfo sobre las Cortes estaba asegurado. Si las garantías que el Rey aguardaba expectante le hubiesen encontrado en Zaragoza o Daroca, la visita a Valencia habría sido innecesaria, y probablemente la “escolta militar” que le hubiese acompañado a Madrid habría sido aragonesa.

Fernando ya tenía la convicción, cimentada en su periplo por Cataluña, Aragón y Valencia, que la simpatía y lealtad del pueblo y del ejército estaban con él, y no con la Regencia constitucionalista; solo le faltaba saber si también contaría con el apoyo o la comprensión de los poderosos aliados que no lo eran del rey de España, sino del gobierno constitucional que pretendía abolir. ¿Cuál sería la actitud de Gran Bretaña y de las otras potencias aliadas?

Fernando lo averiguó a su llegada a Valencia. Allí le esperaba impaciente, desde hacía más de una semana, el embajador plenipotenciario del gobierno inglés en España, sir Henry Wellesley. Recibido en audiencia, Wellesley comunicó al Rey la información sensacional que acababa de recibir ese mismo día, 17 de abril: en París se había formado un gobierno provisional y Napoleón había abdicado. El fin de la guerra estaba próximo, y Wellesley invitó al Rey –no a la Regencia– a adherirse al tratado recientemente firmado por las potencias aliadas en Chaumont. El embajador daba cuenta de este paso, dado 17 días antes del Decreto de 4 de mayo, con estas significativas líneas, escritas a su ministro de Exteriores, lord Castlereagh: “Al percatarme de que, antes de que pudiera recibir las órdenes de vuestra señoría para invitar al gobierno de España a suscribir este convenio, era probable que ocurrieran aquí cambios políticos muy considerables, me determiné a pedir audiencia al Rey y averiguar la disposición de Su Majestad a hacer causa común con los aliados”.²¹ Asombrosa presciencia. El Rey, por supuesto, se sintió encantado de que el ministro británico le tratase como rey políticamente, y no solo protocolariamente, como había dispuesto la Regencia hasta que jurase la Constitución; y accedió presuroso a sumarse al Tratado.

El día 24 el Embajador volvía a tomar la pluma, y escribía a Castlereagh que el duque de San Carlos, gentilhombre de cámara del Rey, le había comunicado la intención de Fernando de abolir la Constitución; que deseaba saber el tipo de apoyo que podría recibir; y “que por encima de todo consideraba de la máxima importancia el recibir de lord Wellington, como comandante en jefe de los ejércitos españoles, una carta comprometiéndose a

²¹ H. Wellesley a Castlereagh, Valencia 23 de abril de 1814, en Gurwood, J. (editor), *Supplementary Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*, t. IX, Londres 1862, p. 28.

darle la misma clase de apoyo que le habían prometido la mayoría de oficiales al mando de cuerpos”.²² Una carta que el Rey esperaba recibir en respuesta a la que de su puño y letra había mandado al Duque desde Gerona.

De esa petición clave se hacía igualmente eco el general O’Lawlor, flamante administrador del Soto de Roma, el regalo de las Cortes españolas a Wellington. En una carta particular enviada a su patrono desde Valencia, el 22 de abril, O’Lawlor informaba al Duque de los planes contra el gobierno de las Cortes, y le decía: “Ellos [los partidarios del Rey] cuentan con que vuestra señoría apruebe este plan y todo lo demás que puedan emprender; y están muy ansiosos por recibir la respuesta de vuestra señoría a la carta que el Rey os escribió toda de su mano desde Gerona”.²³

La anhelada respuesta le llegó al Rey en Valencia, fechada en Toulouse el 12 de abril: “He tenido el honor de recibir la carta que vuestra majestad tan graciosamente se ha complacido en escribirme desde Gerona [...] Ruego a vuestra majestad tenga por seguros mi sincera devoción a los intereses de vuestra majestad, y mi ferviente deseo de usar todos los medios en mi poder en apoyo de lo que le parezca a vuestra majestad para la prosperidad y felicidad de vuestro reino”.²⁴

Esto no era una orden a los Guardias de Coldstream para que entrasen en las Cortes a punta de bayoneta, pero a Fernando le satisfizo lo mismo. Y lo que es más importante: Wellington hizo honor a su palabra. Sabedor el 15 de mayo que los comandantes liberales de los dos ejércitos operativos españoles, 3.º y 4.º a las órdenes de Freyre y Anglona, se manifestaban fieles a las Cortes, escribió a su gobierno que partía de inmediato hacia España, y que confiaba conseguir que ambos generales “se estuviesen quietos”.²⁵ Como hizo, reuniéndose con ellos antes de que hubiesen tenido confirmación oficial de la disolución del gobierno de Madrid para instarles a regirse estrictamente por las ordenanzas militares y prohibirles cualquier intromisión en los últimos sucesos políticos.

Sucesos políticos que habían sido ejecutados usando como brazo armado al ejército de Valencia. Un ejército desabastecido, mal calzado y equipado, y con más de un año de atrasos en sus pagas,²⁶ ya que los escasos recursos del gobierno español se destinaban en 1814 a los dos únicos cuerpos que peleaban en la frontera de Francia, ambos relativamente fuertes, maniobreros, y al mando de esos comandantes liberales que, para desgracia del Gobierno, Wellington logró que *permanecieran quietos*. El de Valencia era una fuerza estática, de retaguardia, sin capacidad ni recursos para moverse pues su misión era únicamente la de bloquear las guarniciones francesas encerradas en plazas aisladas como Sagunto o Peñíscola. El invencible impedimento logístico que prácticamente mantenía paralizado al 2.º Ejército fue vencido del único modo posible: con dinero, 80.000 reales en metálico que Wellesley entregó en mano al Rey, más un subsidio de dos millones de reales que le correspondería como firmante del Tratado de Chaumont. El “nervio de la

²² *Ibid.*, pp. 30-31.

²³ O’Lawlor a Wellington, Valencia, 22 de abril de 1814, en *Supplementary Dispatches...* t. IX, Londres 1862, p. 26.

²⁴ Wellington a Fernando VII, Toulouse, 12 de abril de 1814, en Gurwood, J. (editor), *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*, t. XI, Londres 1838, p. 632.

²⁵ Wellington a Castlereagh, Toulouse 15 de mayo de 1814, en Gurwood, J. (editor), *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*, t. XII, Londres 1838, pp. 17-18.

²⁶ Elío al Jefe del E.M. General, Valencia, 14 de febrero de 1814. AHN, DC, 146 n. 47.

guerra” es lo que permitió contentar a las tropas pagando sus atrasos, reequiparlas y proveerlas de los suficientes víveres, acémilas y carruajes para emprender la marcha sobre Madrid; que encabezó una considerable fuerza de vanguardia mandada, significativamente, por un coronel del ejército británico.²⁷

La noticia de la participación inglesa en la destrucción del régimen constitucional provocó un acalorado debate en el parlamento británico, desde cuyos bancos se interpeló al gobierno, mediante moción del diputado Mr. Baring en la sesión de 15 de noviembre de 1814, para saber “si el dinero que se había adelantado por el gobierno británico no había sido empleado por el gobierno español a fin de hacer marchar sobre Madrid un ejército mandado por el general Elío, para acabar con la libertad existente en España [...] De no haber sido por el dinero británico, ese ejército habría sido incapaz de marchar, el gobierno español de entonces no habría sido subvertido, y tantos infelices españoles no habrían sido enviados a galeras o al exilio. [...] Es ciertamente notable que el embajador inglés se hallase en compañía de Elío y del ejército que permitió al rey de España cambiar el gobierno”.²⁸

Dos años más tarde aún era materia de debate en el Parlamento, y el 15 de febrero de 1816, el ministro de Exteriores, lord Castlereagh, rechazaba los reproches que se le hacían de haber traicionado a un gobierno aliado pintándolo con estos colores, y justificando así su conducta: “Las Cortes se hallaban lejos de estar bajo nuestra influencia, jamás logramos que colaborasen cordialmente con nosotros, y una vez incluso estuvieron decididas a quitarle a lord Wellington el mando en jefe de los ejércitos españoles. El llamado Partido Liberal de las Cortes, aunque era un partido anti-francés, también lo era anti-británico. Rehusaron dejar entrar al duque de Wellington en Cádiz, y pretendieron derribar todas las instituciones establecidas, fusionando Nobleza e Iglesia con el Tercer Estado, a imitación de los revolucionarios franceses”.²⁹

Cabe por tanto concluir que el gobierno británico, a través de sus representantes en España, tuvo un papel mucho más determinante que el del general Elío en el golpe anticonstitucional de 1814. Si bien sus motivaciones no fueron exclusivamente de orden ideológico, como podría deducirse de la anterior alocución de Castlereagh. Su apoyo al rey Fernando les valió, antes del transcurso de dos meses, la firma de un tratado de amistad y alianza a entera satisfacción de Inglaterra, que no solo recogía sustanciales ventajas comerciales, sino que garantizaba el objetivo diplomático que había obsesionado a Gran Bretaña desde el principio de la guerra, y aún más desde la restauración de los Borbones en Francia: el compromiso español a no renovar jamás el Pacto de Familia con sus augustos primos franceses.³⁰ El deslucido y para muchos inexplicablemente torpe papel de la diplomacia española en las negociaciones de paz de París y Viena, prácticamente reducido a estampar firmas al pie de los documentos que les presentaba el negociador británico, invita a conjeturar que quizá contase con la tácita

²⁷ *The Parliamentary Debates from the Year 1803 to the Present Time*, t. 32, Londres 1816, pp. 587-588. En la sesión de 15 de febrero de 1816 se censuró la prominente participación del teniente coronel Whittingham, “el primero en marchar sobre Madrid y en rodear la ciudad con sus tropas”.

²⁸ *The Parliamentary Debates from the Year 1803 to the Present Time*, t. 29, Londres 1815, pp. 201-202.

²⁹ “Proceedings in the present session of Parliament”, en *The Gentleman’s Magazine & Historical Chronicle*, t. 86-1.º, Londres 1816, p. 261.

³⁰ F.A. Wellesley (editor), *The Diary and Correspondence of Henry Wellesley (1790-1846)*, Londres 1930, pp. 73-74.

resignación del rey Fernando, agradecido por el respaldo de Inglaterra y las demás potencias al cambio de régimen en España.³¹ Aunque de otras muestras de agradecimiento real caben menos dudas.

Aludíamos más arriba a esa carta del administrador del Soto de Roma informando a Wellington de la trama golpista en Valencia. Pues bien, con la descuidada franqueza propia de un comunicado privado, O'Lawlor concluía su carta haciendo la siguiente confidencia al Duque: "Las cosas van bien en el Soto de Roma; y si el Rey tiene éxito con su plan, añadirá al Soto todo lo que allí fue del Príncipe de la Paz".³² Y el Rey cumplió su palabra, porque al poco el Duque veía aumentar un 20% la extensión de su propiedad con las 1.000 hectáreas de la inmediata dehesa de Íllora, que no era del Soto de Roma pero sí había pertenecido a Godoy; razón por la cual hoy día el Ayuntamiento de Íllora está en pleito con los descendientes del duque de Wellington, alegando con bien fundado argumento que la Dehesa no estaba incluida en la histórica donación de las Cortes. El ayuntamiento parece desconocer que la vecina Dehesa de la que se había desposeído a Godoy fue el regalo particular de Fernando VII al Duque. Un regalo tácito, sin que mediara decreto real alguno, hecho con tanta discreción –sin duda para evitar una enojosa vinculación causal– que no hay constancia legal de que jamás haya pertenecido a la familia Wellington, salvo por su usufructo de más de doscientos años, ahora en tela de juicio.

Es obvio que Wellington no sirvió a los intereses de Fernando por una mezquina ganancia material, sino siguiendo las instrucciones de su gobierno, por razones de estado y por su propias convicciones políticas. El discreto pero generoso regalo que recibió solo pone de relieve una cosa: el agradecimiento de Fernando VII por un valioso servicio prestado.

³¹ Carta del embajador Fernán-Núñez a la Regencia, en Londres a 27 de febrero de 1814: "Las conferencias que se tienen en el día son solamente entre los plenipotenciarios de las potencias y cuyos ejércitos se hallan ya en territorio francés, de modo que se firmarán los preliminares sin la intervención de la España. Desengañese vucencia, que en realidad no quieren que hagamos el papel que nos corresponde, y solo lo lograríamos si tuviéramos una fuerza reunida correspondiente a nuestro actual sistema; en una palabra: si –libre ya la España– se hubiese organizado un ejército de reserva de 60 a 80.000 hombres, pues las tropas que tenemos no son consideradas sino como auxiliares al ejército inglés del duque de Ciudad Rodrigo [...] No podemos entrar en ninguna general negociación y ocupar el lugar que nos corresponde, a no adoptarse sin pérdida de tiempo medidas vigorosas y públicas para que sepan que la España libre [...] sabe poner una fuerza respetable en campaña que asegure su libertad e independencia, así como sus derechos y representación". En Pizarro, op. cit., t. II, pp. 167-168. La disgregación y subordinación de los ejércitos españoles al mando supremo británico, y la "deuda de gratitud" de Fernando VII con sus aliados, por consentir y auxiliar el retorno de la monarquía absoluta, estarían tras el insignificante papel de España en las negociaciones de paz.

³² O'Lawlor a Wellington, Valencia, 22 de abril de 1814, en *Supplementary Dispatches...* t. IX, Londres 1862, p. 27.